



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**La función clínica del juego en el trabajo con niñas
y niños abusados sexualmente**

Modalidad de presentación: Investigación Bibliográfica

Autor: Maderna, Carola

Legajo: M-5599/9

Docente responsable: Santanocito, Gisela

-2022-

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Pública y a todos aquellos docentes que formaron parte de mi

formación.

A Juan, por su compromiso, sus aportes y su gran ayuda en el proceso de escritura. A Gisela, por aceptar acompañarme en el proceso de escritura, brindándome sus conocimientos y sugiriendo material para llevar a cabo el trabajo.

A mi familia, quienes estuvieron presente a lo largo de toda la carrera, sosteniendo, ayudando y bancando.

A mis amigas de toda la vida, que me acompañan siempre, y a mis amigas que me dio la facultad, sin las cuales el recorrido no hubiese sido el mismo.

1.Resumen y Palabras Claves 3 2.Presentación del Problema 4
3.Objetivos 7 4.Exposición y Análisis del material objeto de la revisión 8
5.Conclusiones Finales 16
6.Referencias Bibliográficas 18

1.RESUMEN Y PALABRAS CLAVES

Resumen

El presente trabajo consiste en una investigación bibliográfica que aborda la función clínica que tiene la técnica del juego en el trabajo con niños y niñas que han sido o son víctimas de abuso sexual desde un enfoque psicoanalítico. Se intenta explorar la función de esta técnica al trabajar con estos niños y niñas, así como también su importancia en la búsqueda de la cura dentro del proceso terapéutico. Para dar cuenta de esto, se aborda el texto de María Cecilia López *Los juegos en la detección del abuso sexual infantil* de 2014 y el texto de las autoras Rosa Inés Colombo y Carolina Beigbeder de Agosta *Abuso y maltrato infantil: hora de juego diagnóstica* del año 2012. Además, se incluye la lectura de Susana Toporosi, Jorge Volnovich y Bettina Calvi para especificar la categoría de abuso sexual infantil y del juego infantil en la clínica con niños y niñas. De esta manera, se propone tomar conocimiento acerca de cómo este tipo de violencia afecta el psiquismo infantil y trae consigo diferentes consecuencias. Finalmente, se concluye precisando acerca de la práctica del psicoanalista en el trabajo clínico con niños y niñas víctimas de abuso sexual, la cual debe basarse principalmente en intervenciones que den lugar a un ámbito en el que se genere el sostén y la contención necesaria para el niño o la niña, privilegiando la escucha de la palabra y de aquello que manifiestan por medios no verbales.

Palabras claves

Abuso sexual infantil – juego - función clínica

El abuso sexual infantil es una problemática que ha existido a lo largo de la historia. Durante muchos años fue una realidad silenciada, sin embargo, su visibilización ha cobrado mayor fuerza en las últimas décadas. El psicoanalista Ricardo Rodulfo (s.f), manifiesta que incluso hasta el día de hoy hay un descomunal blanqueo de la regularidad y frecuencia del abuso del adulto sobre el cuerpo del niño y la niña. También plantea que este abuso generalizado fue tomando cada vez más notoriedad en la clínica una vez que “el manto de silencio extendido sobre estas aberrantes prácticas fue levantándose lentamente, hasta hacer irrupción de forma más violenta cuando la denuncia ascendió de caso aislado a oleada incontenible” (Rodulfo, s.f, párr. 2).

Bettina Calvi en su Tesis de Doctorado *Efectos psíquicos del abuso sexual en la infancia* (2004) sostiene que el abuso sexual en la infancia es un acontecimiento traumático que produce una irrupción violenta en la subjetividad que se está constituyendo, dejando huellas y marcas de por vida. Este representa un cataclismo en la vida de la niña y el niño, que arrasa y destituye las legalidades existentes, ocasionando una devastación de la vida psíquica, con su correlato en los distintos espacios en la vida de aquellos que lo han sufrido, revistiendo carácter traumático y ocasionando marcas singulares en la subjetividad.

Para Calvi (2004), el abuso marca su singular impronta, ya que implica una vivencia de extrema soledad y constituye una situación límite para el mantenimiento del funcionamiento psíquico, en cuanto afecta el núcleo más personal y básico de la identidad: el cuerpo.

En el abuso, el adulto somete al niño a una escena perversa que conlleva un arrasamiento de la subjetividad. Esto se debe a que la genitalización precoz a la que es arrastrado el niño, no es un rasgo que se suma al polimorfismo perverso, sino un encaminamiento de toda la vida libidinal en la dirección fijada por el goce del adulto. (Calvi, 2004, p. 122).

El abuso sexual infantil, entonces, hace referencia a un uso sexual, por parte del abusador, de un niño o una niña tomado como objeto de su goce. Todo adulto que goza con el cuerpo de los niños y niñas busca apoderarse de aquel para su propio placer, sin interesarse por él como sujeto, sino tomándolo como objeto de su propia satisfacción, siendo sometido a un lugar de deshecho del otro abusador y de su imperativo de goce. De esta manera, dichos niños o niñas abusados no disponen de voz, ni poseen su propio cuerpo. Las víctimas del abuso sexual infantil pasan a ser sólo cuerpos de los que el adulto puede servirse para obtener placer sexual. Se convierten en cuerpos dóciles que son sometidos fácilmente por quien debería cuidarlos y sostenerlos.

De esta manera, el abuso sexual infantil implicaría algo del orden de lo siniestro, de aquello que no puede ser representado y por lo tanto se resiste a ser puesto en palabras, a ser simbolizado, ya que este irrumpe real y trágicamente en la vida de muchas niñas y niños, produciendo un trauma que resulta devastador para su psiquismo.

El traumatismo que genera el abuso sexual en la infancia se presenta como devastador de la subjetividad. El efecto de la imposibilidad de simbolizar impregna al sujeto, sumado a fuertes sensaciones de inermidad, de un terror sin nombre, la percepción de que los recursos disponibles no alcanzarán para proteger al psiquismo del derrumbe y la imposibilidad de imaginar un futuro construido sobre los inútiles pilares de un presente desorganizante. (Calvi, 2004, p. 49).

Teniendo en cuenta que el abuso sexual infantil representa uno de los traumatismos más graves que puede sufrir un sujeto en la infancia, ya que produce una devastación de la vida psíquica de aquellos, y que deja huellas imborrables en su subjetividad, puede pensarse que por esta razón, Calvi (2004) plantea que el abuso

sexual infantil se perfila como una grave problemática que exige su conocimiento y reflexión dentro del campo de análisis y de tratamiento de la infancia en situación de riesgo. La autora manifiesta que se debe precisar que se trata de una problemática que no es exclusiva del campo del psicoanálisis, sino que se manifiesta en el campo social, y que sobre ella se entrecruzan diferentes discursividades, siendo el discurso jurídico el que cobra mayor relieve dentro de los abordajes existentes, a la par del discurso psicológico que da cuenta de los aspectos subjetivos presentes en esta problemática.

Susana Toporosi en su libro *En carne viva* (2018) coincide en lo planteado por Calvi, al sostener que el Abuso Sexual Infantil es una categoría que proviene del ámbito jurídico, pero que al ser una problemática tan compleja, se entrecruzan sobre ella varios discursos y prácticas que comprenden que en ella se encuentran vulnerados los derechos de los niños, niñas y adolescentes, y también que se encuentra afectada su salud integral, siendo necesario abarcar aspectos intrapsíquicos, familiares y sociales.

Por lo tanto, resulta pertinente destacar que, si bien en la actualidad el abuso sexual infantil es una temática que está sobre la mesa (ya que se lee, se escucha y se habla sobre ella), muchos niños, niñas y adolescentes de la sociedad continúan sufriendola. Por lo tanto, esto conlleva a que sea necesario dar una respuesta no sólo desde una perspectiva social y jurídica, sino también psicológica para quienes padecen estas circunstancias y sus consecuencias.

Dichas consecuencias pueden ser tanto a nivel corporal como a nivel psíquico y social, por lo tanto, es importante lograr el acceso a tal sufrimiento del niño o de la niña, posibilitando el develamiento del mundo interno infantil, generando una posibilidad para la elaboración de lo traumático y lo asociado al mismo. A partir de esto, surge el interrogante: ¿de qué forma se puede abordar clínicamente a dichos niños y niñas abusados sexualmente? Existen múltiples herramientas que son consideradas útiles a la hora de tratar a niños y niñas que sufren abuso, y una de ellas es considerada fundamental y esencial por diferentes autores del psicoanálisis: el juego.

Los principios de la importancia de tal técnica se pueden remontar a lo postulado por Freud en 1920 en "Más allá del principio de placer" (1985), donde teoriza acerca del juego infantil, luego de aproximarse a éste a través del "Fort-Da", un acto lúdico realizado por su nieto de 18 meses en ausencia materna. Freud (1985) plantea que hay una repetición que no se da en el plano del principio del placer, sino que se trata de cierto empuje que intenta hacer una elaboración psíquica de una situación que ha sido difícil para el infante. Mediante este juego el infante toma un rol activo en una experiencia displacentera de la cual participó desde un rol pasivo, adueñándose de la situación.

Por su parte, Melanie Klein toma los postulados de Freud como base para desarrollar su técnica de juego en el diagnóstico infantil. En su libro de 1932, *El psicoanálisis de niños* Klein (1964) encuentra, en el juego, una técnica de análisis homologable a la regla fundamental freudiana, al plantear que, jugando, los niños y niñas hablan y dicen toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas. Sostiene que el juego es la vía de acceso al inconsciente, y que la interpretación del juego infantil tenía cierta similitud con la interpretación del sueño en Freud:

El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños, y sólo podemos comprender plenamente este lenguaje si nos acercamos a él con el método que Freud ha enseñado para descifrar los sueños. El simbolismo es sólo una parte de dicho lenguaje. Si queremos comprender correctamente el juego del niño en conexión

con todo su comportamiento durante la hora de análisis, debemos no sólo desentrañar el significado de cada símbolo separadamente, por claros que ellos sean, sino tener en cuenta todos los mecanismos y formas de representación usados en el trabajo onírico,

5

sin perder de vista jamás la relación de cada factor con la situación total. (Klein, 1964, p. 13)

Así, la autora le da suma importancia al juego, por ser rico en sentido, y ayudar a comprender al niño o a la niña, reconocer sus fantasías, sus ansiedades, sus miedos, sus conflictos, y permitir ver más allá de lo consciente o de lo que aquellos podrían expresar verbalmente: “El juego es una vía regia para acceder al inconsciente del infante, permite que en el jugar retorne lo reprimido, así se descubren sentidos, se da la apertura a lo oculto y a lo no dicho” (Klein, 1964, p.142).

A partir de lo planteado anteriormente, resulta pertinente interrogarse: ¿puede el juego en la clínica con niñas y niños abusados sexualmente lograr un procesamiento de lo traumático? ¿Es capaz de generar aspectos positivos en la manera de sentir y elaborar las consecuencias psíquicas, corporales y sociales que el abuso produce?

Teniendo en cuenta estos interrogantes, en el presente trabajo se pretende realizar una investigación bibliográfica para indagar acerca de la función clínica que la técnica del juego puede tener en el trabajo con niñas y niños abusados sexualmente desde un enfoque psicoanalítico. Se abordará principalmente lo trabajado por la psicoanalista María Cecilia López en *Los juegos en la detección del abuso sexual infantil* de 2014, ya que dicho libro tiene como objetivo dar a conocer, a partir de su experiencia en el trabajo con niños y niñas que han sido víctimas de abuso sexual, el significado y la importancia de la actividad lúdica como eje temático para decodificar el pedido de ayuda de niños y niñas víctimas de abuso sexual, y también para elaborar el trauma producto del abuso, a partir del propio juego. Además, se trabajará sobre lo planteado por las autoras Rosa Inés Colombo y Carolina Beigbeder de Agosta en su libro *Abuso y maltrato infantil: hora de juego diagnóstica* de 2012, en el cual exponen, a partir de lo observado en su clínica diaria, los indicadores más significativos y comunes sobre abuso sexual durante la hora de juego diagnóstica, y cómo el juego les permite encontrar el camino hacia la cura. Dicho recorte bibliográfico se realizó a partir de observar que las autoras mencionadas se encuentran entre las más citadas en lo que respecta a la relación entre la actividad lúdica y el proceso terapéutico de casos sobre abuso sexual. Si bien la presente investigación bibliográfica se cierne sobre las autoras mencionadas, además se incluye lo desarrollado por Susana Toporosi, Jorge Volnovich y Bettina Calvi para especificar tanto las categorías de abuso sexual infantil como el juego infantil en la clínica con niños y niñas.

3.OBJETIVOS

Objetivo general

- Indagar, desde un enfoque psicoanalítico, la función clínica del juego en el trabajo con niños y niñas que han sido o son víctimas de abuso sexual en lo desarrollado por María Cecilia López en su libro *Los juegos en la detección del abuso sexual infantil* y por Rosa Inés Colombo y Carolina Breigbeder de Agosta en su libro *Abuso y maltrato infantil: hora de juego diagnóstica*.

Objetivos específicos

- Precisar cómo el juego en la teoría psicoanalítica permite un abordaje del abuso sexual infantil.
- Considerar las consecuencias que el abuso sexual deja en el psiquismo de los niños y niñas que lo padecen o han padecido.
- Deslindar la práctica del psicoanalista en el trabajo clínico con niños y niñas víctimas de abuso sexual.

4.EXPOSICIÓN DEL MATERIAL OBJETO DE LA REVISIÓN

Teniendo en cuenta lo planteado anteriormente acerca de que el abuso sexual infantil genera en los niños y niñas un efecto traumático tal que produce serias consecuencias tanto a nivel físico, como social y psíquico, dejando huellas permanentes, resulta inevitable interrogarse acerca del papel que el psicoanalista juega aquí, y qué respuestas puede dar, ya que al ser una problemática que aqueja a la infancia, se torna una cuestión ética para el psicoanalista como trabajador del campo de la salud mental.

Jorge Volnovich en su libro *Sobrevivientes de lo peor* (2018) sostiene que el arrasamiento subjetivo sufrido por el abuso sexual se manifiesta en vacíos en los procesos de simbolización, y en una intensa fragmentación en las representaciones psíquicas del Yo y en los vínculos con el otro. Con “vacíos de simbolización” el autor se refiere a que el niño o la niña no tienen palabras suficientes para poder expresar todo su dolor, porque el mismo no es siquiera decible.

Por lo tanto, ¿cómo puede trabajar el analista frente a un caso de abuso sexual

infantil y con aquello traumático producto del abuso? ¿De qué forma puede intervenir el analista para ayudar a aquellos niños y niñas, que fueron víctimas de abuso sexual, a aliviar su sufrimiento?

En este sentido, el autor propone que el analista debe aportar recursos simbólicos para que los niños y niñas puedan manifestarse, ya sea por medio del dibujo o del juego, para que puedan acceder a un saber que saben pero que no pueden formalizar, y de esta manera dejen de callar, ya que el decir es una forma de corte, es un acto que da lugar a una nueva posición del sujeto. Cuando salen del silencio, al que casi siempre están obligados por el abusador, el niño y la niña transforman el sometimiento, que hace obstáculo en la constitución de su yo, dando paso a una nueva posición subjetiva. Es decir que, en el abordaje terapéutico, el analista debe ayudar a realizar aquella ruptura en relación a eso que no se puede decir, brindándole recursos simbólicos, tales como el juego o el dibujo, para que desde ese lugar, se habilite una nueva consistencia subjetiva, separando al sujeto del lugar de objeto en el que se encuentra.

La importancia del juego en la clínica psicoanalítica con niños y niñas ya ha sido abordada por múltiples autores, entre los que se destacan Freud y Melanie Klein. Sin embargo, resulta pertinente retomar lo que sostienen sobre ello autores más actuales, tales como las psicólogas María Cecilia López o Rosa Inés Colombo, quienes han teorizado acerca del valor que dicha técnica tiene a la hora de trabajar con niños y niñas, y fundamentalmente con niños y niñas víctimas de abuso sexual.

El juego es algo innato en el niño/a desde que nace y es a través del juego cómo cualquier niño se anima a contar hasta sus secretos mejor guardados. Es por esa razón que el juego constituye el modo de expresión predilecto de la infancia. (López, 2014, p.64)

Asturizaga y Unzueta (2008) expresan que para el psicoanálisis el juego y el jugar adquieren una dimensión tan singular como lo es cualquier otro tipo de discurso porque posibilita la expresión de problemáticas. Dado que el juego es una de las primeras formas de expresión de los niños y niñas, es un medio imprescindible para expresar sus intereses, miedos, alegrías y angustias. Quizá, uno de los sentidos más importantes que tenga el juego es el de pretender, hacer "como si", estar actuando una realidad que es propia de esa misma situación y que probablemente tenga que ver con algún aspecto de la realidad del niño y la niña que juega.

Por lo tanto, "la concepción común y cotidiana que la mayoría de la gente tiene respecto al juego como algo irrelevante que todo niño hace con el fin de divertirse es errónea, ya que el acto de jugar es un concepto que va más allá de lo lúdico" (Asturizaga y Unzueta, 2008, p.7). El juego es fundamental porque tiene una

8

significación principal en el desarrollo del infante y en la constitución subjetiva de ese sujeto.

Asturizaga y Unzueta (2008) plantean que el juego es utilizado en el consultorio clínico, ya que allí donde la palabra falta, el juego adviene como un modo de comunicación y expresión. En él deviene lo inconsciente: allí los niños y las niñas expresan sus conflictivas, las cuales son difícilmente manifestadas verbalmente, y además tiene la gran ventaja de que posibilita la transferencia. Para las autoras el juego toma el lugar de una técnica diagnóstica y terapéutica a la vez, ya que gracias a éste la niña y el niño puede llegar a manifestar lo que le sucede y tramitar sus conflictos. Por un lado, como elemento diagnóstico para poder identificar el síntoma del infante, y por el otro lado, como técnica terapéutica, ya que el juego se constituye terapéutico en sí mismo, en tanto es el propio niño o niña quien en el dispositivo analítico encuentra el camino en la dirección de la cura.

María Cecilia López en su libro titulado *Los juegos en la detección del abuso sexual infantil* (2014) expresa que el abuso sexual es considerado por muchos autores como un balazo al aparato psíquico y que, por lo tanto, es necesario entender que una víctima no solo tiene heridas físicas y emocionales, sino que también tiene agujeros en la trama de significantes que constituye la urdiembre en la que se teje el pensamiento simbólico. A raíz de esto, la autora plantea que la mayoría de los niños y niñas víctimas de traumas sexuales no son capaces de hablar acerca de lo ocurrido ya que lo real del trauma excede la posibilidad de simbolización: “Los niños/as abusados/as no suelen hablar de su problema porque lo reprimen en el inconsciente, porque no encuentran el vocabulario adecuado para expresarlo o, simplemente, porque están aterrorizados” (López, 2014, p. 286).

Por su parte, Toporosi en su libro *En carne viva* (2018) también hace referencia a lo planteado por López: “cuando un acontecimiento vivido resulta traumático, lo primero que se altera es el modo de hacer relaciones en el psiquismo. La actividad simbólica, que va produciendo relaciones que permiten encontrar sentidos a todo lo que el niño vive, queda fracturada.” (p.67) Esto no significa que el niño o la niña haya abandonado su actividad simbólica, sino que hay situaciones traumáticas que irrumpen en el psiquismo de forma tal que dificulta su simbolización, por lo tanto, el analista debe ayudar al niño o a la niña a organizar y significar mediante simbolizaciones, tales como el juego o el dibujo, aquello imposible de expresar en palabras.

Sin abandonar la abstinencia, el analista trabajando en situaciones de alto atropello a los derechos de la infancia y la adolescencia necesitará ser creativo en los modos de encontrar cuando hablar, cuando esperar, como escuchar-ver-registrar mucho más allá de las palabras de un relato, sabiendo que la subjetividad es corporal y que trabaja con la contratransferencia como brújula y herramienta fundamental para guiar sus modos y sus intervenciones. (Toporosi, 2018, p.19)

En concordancia con esto, Volnovich en el ya mencionado libro *Sobrevivientes de lo peor* (2018) sostiene que cuando un niño o una niña manifiesta por medio de juego y dibujos su sufrimiento padecido “haciendo posible la aprehensión psicoanalítica de sus fantasmas, incluso construyendo los mismo desde un real inaprensible, tanto los vacíos como la fragmentación se van articulando en otras vías que no sea la del acto” (Volnovich, 2018, p. 80).

Por lo tanto, teniendo en cuenta este hecho de que muchas veces los niños o niñas víctimas de abuso sexual no pueden poner en palabras lo sucedido, cabe preguntarse ¿cómo pueden los terapeutas reconocer que ese niño, niña o adolescente ha vivido una vivencia traumática, si no está disponible desde su relato?

López (2014) sostiene que, en estos casos, “el juego más que nunca funcionaría como una especie de hilo conductor con el que se zurcirían aquellos agujeros conceptuales, consecuencia de la invasión energética con que el trauma irrumpió en el psiquismo sin posibilidad de haber sido tramitada.” (p. 11) Para la autora parecería que la única manera que ellos tienen de expresar aquello que les sucede,

9

está más allá de las palabras, está en el mundo de los juegos. Es decir que lo considera fundamental a la hora de trabajar con niños y niñas abusados sexualmente porque por medio de ella pueden ser capaces de manifestar y entender o elaborar lo que les está sucediendo o lo que les ha sucedido.

Si bien el juego es una forma de expresión de todo ser humano, en especial lo es en la infancia. El psiquismo de los niños/as pequeños/as aún está desarrollándose y no cuentan con un pleno uso del llamado pensamiento abstracto sino que, por el contrario, ellos se manejan con un tipo de pensamiento concreto; razón por la cual, se ven necesitados de elementos concretos –esto es, de juguetes- y/o acciones que los ayuden a pensar y a elaborar aquello que les pasa. Así es cómo utilizan un mecanismo mental llamado “proyección” mediante el cual expulsan mentalmente al mundo exterior

aquellos impulsos, emociones y sentimientos, percepciones, recuerdos o pensamientos, vivencias, intereses y deseos para poder ser capaces de observarlos desde afuera de una manera más objetiva y así llegar a entender mejor aquello que internamente resulta más difícil y complejo de discernir. (López, 2014, p.61)

Entonces, se entiende que el juego es importante porque a través de él podemos observar el mundo interno del niño o niña, cuáles son sus sentimientos y emociones predominantes, cómo impacta en él el mundo que lo rodea, cómo es su vida externa y cómo son quienes lo rodean. Además, López (2014) sostiene que, en el caso de los niños o niñas abusadas, quienes suelen tener severas dificultades para expresarse verbalmente para pedir ayuda, “los juegos pasarán a constituir un elemento clave, que si sabemos interpretar nos será de gran utilidad a la hora no sólo de detectar sino de prevenir una nueva revictimización” (p. 106).

En los juegos todo está permitido, y es así cómo en los niños/as suelen ser utilizados como una herramienta no solo para cumplir deseos positivos sino también para descargar ira, furia e impotencia. Los niños/as víctimas, en sus juegos actúan de forma activa aquellos traumas que debieron vivir desde un rol pasivo. El denominado “juego postraumático” es el más característico de los niños/as que han sido abusados/as sexualmente. Es a través de este tipo de juego caracterizado por la repetición compulsiva del hecho traumático que las pequeñas víctimas intentan una y otra vez comprender aquello que les sucedió como un intento no sólo de expresar las emociones asociadas al trauma sino, además, como un intento –aunque, fallido– de adueñarse activamente de todo aquello que debieron vivir pasivamente y que en la actualidad quisieran controlarlo y cambiarlo. (López, 2014, p. 65)

La autora manifiesta que los niños y niñas víctimas de abuso sexual “confundidos/as y desorientados/as, suelen sentirse más a gusto en el mundo de los muñecos/as y juguetes, un mundo en donde pueden poner sus propias reglas, impartir justicia, encarcelar a los malos y premiar a los buenos, vengarse, cumplir sus deseos, recuperar la dignidad perdida.” (López, 2014, p. 11). A partir de esto, puede entenderse que el jugar es fundamental en el trabajo con niños y niñas que han sido abusados porque los juguetes, al tener la propiedad de ser manipulados, maltratados, destrozados, los hacen perfectos para trabajar con dichos niños y niñas porque por medio de ellos pueden lograr recuperar la omnipotencia perdida, volviéndose a constituir como humanos, corriéndose de aquel lugar de objeto en el que los ubica el abusador.

Además, López (2014) sostiene que la actividad lúdica desplegada a lo largo de la terapia irá en paralelo a los tiempos de recuperación del niño o niña víctima, por lo tanto “sus juegos irán mutando a medida que avance el tratamiento psicológico; esto es, a medida que vaya pudiendo ser capaz de elaborar su trauma” (p. 177). Es decir que en estos casos el jugar atravesará por distintas etapas:

El niño/a víctima de abusos comenzará a hacer una catarsis emocional con el objetivo de descargar el exceso de energía y/o emociones negativas que le generó el trauma sobre los muñecos/as que tiene a su alcance. Así, descargará sobre estos todo su odio, furia, terror, angustia y desesperación que a ellos mismos les provocó su abusador/a. (López, 2014, p.179)

Esta primera etapa parece ser aquella en la que los niños y las niñas desarrollan actividades lúdicas que giran en torno a escenificar simbólicamente el modo en cómo ellas vivieron su trauma a nivel psíquico y emocional. Sería aquella etapa en la que el niño o la niña toman un papel activo frente a tal situación, logrando jugar activamente lo sufrido pasivamente. Recordemos que Freud en “Más allá del principio de placer” ya había planteado que los niños y las niñas repiten en sus juegos todo aquello que en la vida les ha causado una intensa impresión, “tomando un rol activo en una experiencia displacentera de la cual participó desde un rol pasivo, y de

este modo tratan de darle salida a la energía de la misma adueñándose de la situación” (Asturizaga y Unzueta, 2008, p. 7). Y continúa López (2014):

Una vez que han descargado todo el exceso de emociones negativas, recién entonces, los niños/as víctimas podrán ser capaces de reordenarse mentalmente como para elaborar e intentar comprender racionalmente aquello que les sucedió. (p. 181)

En otras palabras, esta segunda etapa se trataría de aquel momento en el que el niño o niña puede comenzar a elaborar psíquicamente aquello de lo que fueron víctimas, pero sin el monto de angustia que caracterizaba la etapa previa. López (2014), además, señala que a lo largo de estas etapas, es imprescindible no sólo prestar atención al juego del niño o niña, sino que también resulta interesante detenerse a escuchar todo lo que el niño o niña va diciendo mientras juega, ya que “por más insignificante y azaroso que parezca, puede brindarnos datos que nos resulten muy esclarecedores a la hora de comprender más profundamente el motivo que originó su juego” (p. 188).

Frecuentemente, los niños/as víctimas de abusos se sienten cohibidos a la hora de expresarse libremente a nivel verbal. Sin embargo, no hay ninguno de ellos que mientras juegue no se mueva o no haga ciertos y determinados tipos de gestos inconscientemente. Se dice que un gesto vale más que mil palabras. Hablando se puede mentir pero el cuerpo no miente, es por eso que resulta muy interesante estar atentos a los gestos que los niños/as hacen mientras juegan o mientras hablan ya que nos aportarán muchos datos. (López, 2014, p. 188)

Resulta fundamental entonces, hacer hincapié en las verbalizaciones o gestos espontáneos que realizan los niños y niñas en sus juegos ya que, lejos de ser producto de la casualidad, suelen estar asociados a la historia que están desarrollando, y a lo que piensan y sienten respecto de una persona, de una situación o de sí mismos. Se observa cómo la psicología del niño o niña abusada impacta directamente en su juego. En su actividad lúdica, a través de las escenas que suele armar, uno se puede volver testigos del pacto de silencio que ha establecido con su abusador, o del secreto que guarda, del pánico, de la vergüenza y de la culpa que siente.

En concordancia con todo lo planteado anteriormente, las psicólogas Rosa Inés Colombo y Carolina Beigbeder de Agosta en el libro titulado *Abuso y maltrato infantil: hora de juego diagnóstica* (2012) también abordan la importancia que tiene el juego en el trabajo con niñas y niños abusados sexualmente.

Las autoras plantean que en todo niño o niña que ha sufrido abuso sexual se produce un daño psíquico producto del trauma que invade el psiquismo de dicho niño o niñas, que por ser tal, no cuenta con capacidades desarrolladas que le permiten afrontar dicho trauma. A partir de esto, Colombo y Beigbeder de Agosta (2012) se preguntan qué puede hacer un niño o una niña para contar lo que le pasa de un modo que se logre entenderlo, y responden: “el juego parece ser la actividad más placentera que podemos proponerle a un niño que no nos conoce, en cuyo mundo interior debemos adentrarnos si queremos de verdad comprenderlo” (p. 43).

Colombo y Beigbeder de Agosta (2012) proponen definir al juego que despliega una niña o niño maltratado o abusado como juego post-traumático: “Entendemos por juego post-traumático aquel que consiste en la repetición compulsiva del hecho traumático como un intento de manejarlo. Este juego permite descubrir temas relacionados con el trauma y expresar los sentimientos asociados” (p. 49). Para las

autoras, dicho juego posee un beneficio potencial: mientras el niño o la niña está sufriendo recuerdos que le provocan miedo o ansiedad, está controlando la situación ya que pasa de una instancia pasiva a otra activa, lo cual produce cierto sentimiento de dominio.

Es decir, consideran fundamental el juego de los niños y niñas, ya que por medio de este se expresa y se puede constatar aquel daño psíquico, porque “al jugar

el niño desplaza al exterior miedos, angustias y problemas internos dominándolos mediante la acción.” (Colombo y Beigbeder de Agosta, 2012, p. 13) Por medio del juego el niño y la niña repite todas aquellas situaciones que son excesivas para su yo, permitiéndoles a través del dominio sobre objetos externos y a su alcance, hacer activo lo que sufrió pasivamente, y así cambiar un final que le fue penoso, a la vez que le permite tolerar papeles y situaciones.

El niño juega, porque el juego, al igual que el sueño, es un intento de elaboración psicológica de aquellas situaciones que nos han afectado de alguna manera, ya sea que provocarán nuestro miedo, angustia, dolor o rabia. La elaboración, en ocasiones, sólo pasa en actuar activamente aquello que se padeció pasivamente. A través del juego el niño nos dirá sus deseos, aun aquellos inconscientes, sus temores y fantasías, la manera en que ve el mundo, sus experiencias. Sin dudas, el juego es en la terapia de niños lo que la asociación libre para adultos. Pretender que un niño exprese verbalmente sus conflictos parece una exigencia más allá de sus posibilidades e intereses. En cambio, un cajón de juguetes y el permiso para manipularlo a su antojo, parecen más que atractivos. (Colombo y Beigbeder de Agosta, 2012, p. 46)

Al decir de Erikson (citado en Colombo y Beigbeder de Agosta, 2012) “representar a través del juego es la medida de autocuración más natural que brinda la infancia.” En este sentido, las autoras expresan que en la clínica con los niños y niñas abusados o maltratados la hora de juego se vale de muchas herramientas: diferentes tipos de juego, tales como muñecos que simbolizan una familia, particularmente un adulto varón y una mujer, personajes de ficción o héroes, animales, hojas, lápices, rompecabezas, que le permitirán al niño y a la niña expresar aquello que no puede decir con palabras, ya que los juguetes tienen el potencial de narrar historias y de actuar como símbolos transformadores, porque a estos se los puede manipular, agredir o por el contrario amar y cuidar, permitiéndoles soportar o modificar aquel lugar de objeto en el que se encuentran.

Con los juguetes del rincón hogareño, el niño puede relatar lo que ha vivido en su casa. La comida es un elemento esencial que transmite de manera simbólica valoración y cariño, como también, tener aspectos nutritivos. A los muñecos se los puede acuchillar, estrangular, cortarles las manos, ponerlos en un basurero, o por el contrario, se los ama y alimenta. Los juegos de construcción y rompecabezas al tener pedazos que pueden unirse, permiten expresar cómo se han sentido (aún de manera pre-verbal) acerca de “estar rotos”, ser “piezas descartables”, o “unirse”. (Colombo y Beigbeder de Agosta, 2012, p.47)

Además, agregan que es sumamente necesario tomar registro tanto de las acciones del niño o niña como de sus comentarios espontáneos al momento de realizar el juego, porque aquello puede ayudar a develar alguna situación, sentimiento u emoción que no pueden poner en palabras.

En cuanto a las actitudes de dichos niños y niñas durante la actividad lúdica, las autoras manifiestan que es muy común que al comienzo del proceso terapéutico el niño o niña muestre cierta desconfianza, una extrema susceptibilidad o sentimiento de culpa por lo sucedido. Además, también expresan que se puede observar cierta actitud de hipervigilancia y miedo, prestando mucha atención a los ruidos, a que nadie más escuche lo que dice, o teniendo sobresaltos fácilmente. También han observado que al ser niñas o niños erotizados prematuramente por un adulto, pueden recrear situaciones sexuales explícitas que demuestran un conocimiento precoz de la actividad sexual que no podrían conocer si no hubieran sido abusados sexualmente por un mayor.

Por otro lado, también hacen hincapié en el lugar que se debe ubicar el psicólogo en el trabajo con niñas y niños abusados. Para las autoras, el psicólogo sólo debe realizar aquellas preguntas que se necesiten para clarificar cuestiones que

tengan que ver con la necesidad de comprender el significado que el niño o la niña ha querido atribuir a determinada acción.

Las preguntas deben ser abiertas, no inductivas, y se debe preguntar por cada acción del niño sin hacer inferencias. Nada es obvio o se da por supuesto, el niño es el que tiene la teoría sobre aquello que dice o que dibuja, y no el evaluador. Nada en especial tiene su correlato en la interpretación, debemos preguntar qué significa eso que dibujo o dijo para el niño. (Colombo y Beigbeder de Agosta, 2012, p. 45)

Es decir, consideran fundamental que no se realicen interpretaciones ni señalamientos, ya que, tal como plantea Toporosi (2018), el paciente primero tiene que ser capaz de jugar antes de ofrecerle una interpretación, y que si el niño o niña no es capaz de jugar, no hay que basar el tratamiento en interpretaciones, sino posibilitarle el movimiento del no jugar al jugar. Esto es importante porque para un niño o una niña, develar una situación de abuso o maltrato, en especial, cuando estos se dan en el ámbito familiar, es algo sumamente perturbador ya que se debe indagar en cuestiones que son delicadas y muy conflictivas, por lo tanto, requiere del evaluador una buena dosis de empatía y de control de la situación, ya que un mínimo gesto o comentario, puede obstaculizar el relato del niño o niña.

Con respecto a qué rol debe ocupar el analista en la clínica con niños y niñas que han sido víctimas de abuso sexual, López (2014) plantea que es fundamental que el niño o niña que llega por primera vez al consultorio tiene que tener la certeza de que el psicólogo va a estar enteramente a su disposición para ayudarlo de manera incondicional. Para la autora, el mayor deber de un psicólogo es hacer todo lo posible para que el niño se exprese, brindándole las herramientas necesarias para que logre manifestarse por medio del juego o del dibujo. Esto condice con lo planteado por Toporosi (2018) quien sostiene que la tarea del analista es ponerse en disponibilidad para que en el juego el sujeto pueda expresar, ficcionar y transformar aquello que le produjo impacto y desorganización, es decir, que de algún modo pueda transformarlo para que sea metabolizable.

El psicólogo/a debe funcionar como alguien que le facilita al niño/a todo aquello que él pueda ir necesitando a la hora de contar su historia y elaborar sus conflictos. Así, desde un principio debemos hacerle saber que estaremos a su entera disposición y que puede encargarnos lo que sea que necesite para jugar. (López, 2014, p.66)

López (2014) plantea que los niños y niñas son capaces de contar mucho más a través de un juguete o de un juego que hablando con el analista de la forma que lo hacen los adultos, ya que “ellos/as suelen hablarnos de sus traumas haciéndonos escenificaciones acerca de lo que pasó, recurriendo a símbolos que les puedan ayudar a amortiguar su miedo” (p. 70). En este sentido, es pertinente retomar lo que plantea Toporosi (2018), acerca de que el analista se debe sentir convocado a encontrarle un sentido a aquellas escenificaciones simbólicas. Sostiene que el analista debe tratar de ver si en medio de un dibujo, relato o juego, que son actividades simbólicas, se encuentran restos de algo que impactó de la situación traumática y quedó no digerido, no metabolizado y aparece intacto en una situación actual. Es decir, como analista uno tiene que poder transformar el signo de percepción en indicio. Considera que es muy importante acá que el analista trabaje con toda su subjetividad y atento a su contratransferencia, para que desde allí pueda registrar la irrupción de algo que es de otro orden: con las huellas que dejó en el niño o la niña una vivencia que nunca hubiera atravesado si no hubiera estado allí la intromisión de la sexualidad de un adulto.

Resulta fundamental entonces tener herramientas precisas para reconocer la presencia de lo traumático, sus formas de irrupción, los otros modos no verbales de expresión, sus modos de permanencia silenciosa, los modos encriptados de transmitirse por

adolescentes y aliviando su sufrimiento. (Toporosi, 2018, p.18)

López (2014) además agrega que una de las tareas principales de los psicólogos que trabajan con niños y niñas es que siempre deben estar dispuestos a representar los distintos roles que ellos les asignan en sus juegos. Esta es una intervención importante en el trabajo con niños y niñas que han sido o son víctimas de abuso sexual, ya que valiéndose de ese juego pueden hablarles o preguntarles acerca de aquello que dichos niños o niñas no pueden manifestar. Es decir, el analista debe incluirse en las escenas, personajes y juegos producidos por el niño, debe utilizar los muñecos como inter-mediadores de la voz del psicólogo, para lograr la expresión del padecimiento, así como también parte de la cura. Por su parte, Colombo y Beigbeder de Agosta (2012) también plantean que “un niño abusado necesita que juguemos en su juego algún papel, que no seamos sólo espectadores en una escena de violencia o malos tratos.” (p. 72)

En relación con todo lo planteado anteriormente, para Toporosi (2018) es necesario que los analistas tengan recursos terapéuticos para hacer intervenciones que resulten eficaces en el tratamiento psicológico, ya que las complejas situaciones psicológico-sociales que atraviesan dichos niños y niñas víctimas de abuso sexual, hacen necesario tener un posicionamiento que implica sostener la abstinencia, pero a la vez no pretender una neutralidad cuando se está interviniendo en profundas violaciones a derechos de niños, niñas y adolescentes. Por lo tanto, a partir de una posición no neutral, como el actuar en sus juegos, el analista debe utilizar la contratransferencia y ciertas herramientas para tomar una posición de sostén del traumatismo por abuso sexual cuando éste está a la vista, y una intervención para alojar el sufrimiento padecido por la niña o niño.

ANÁLISIS DEL MATERIAL OBJETO DE LA REVISIÓN

Es imprescindible, entonces, que la intervención del analista en el abordaje clínico con niños y niñas que fueron objeto de abuso sexual escuche al niño o a la niña tanto en lo que dice con palabras, como en lo que expresa con juegos y dibujos, buscando la emergencia del sujeto y la reconstrucción de la subjetividad. Se debe dirigir a un sujeto, y por medio del establecimiento de un espacio de la palabra, iniciar un rescate subjetivo al producir la restitución de la voz, la palabra y la propiedad de su cuerpo, buscando producir un alivio de los efectos que tiene el lugar de captura y objeto en el que se encuentran. Es decir, a la hora de pensar una intervención, la palabra del niño y de la niña debe ser tomada en cuenta, debe ser privilegiada, pero fundamentalmente escuchada, contemplando la veracidad de su relato, permitiendo así que algo de su subjetividad vuelva a ponerse en juego. En este sentido, parece pertinente reconocer que el psicoanálisis siempre ha privilegiado la palabra, la escucha y más aún en lo que expresa por otros medios no verbales, y no ha renunciado nunca a que la terapia de la palabra sea la mejor vía de transformación subjetiva.

A partir de lo planteado hasta el momento, se puede establecer entonces, que el juego entra en escena como una herramienta fundamental a la hora de trabajar con niños y niñas abusadas sexualmente, ya que aquellos que lo han sufrido viven un sinnúmero de emociones, que no siempre las pueden expresar y comunicar con palabras. Por lo tanto, el juego se convierte en una vía excelente para el trabajo con niños y niñas que sufren maltrato y/o abuso sexual, ya que la actividad lúdica es la forma de expresión de los infantes, así como lo verbal lo es para el adulto.

De esta manera, al posibilitar tales aspectos de la actividad lúdica, los niños y

niñas abusados sexualmente pueden darle sentido a aquello que de lo real se presenta como trauma, permitiéndoles no sólo elaborar y resolver tales experiencias, sino que también ayudarlos a lidiar con los miedos y ansiedades que se asocian a esas situaciones de abuso.

Por medio del juego los niños y niñas, y principalmente los niños y niñas que han padecido abuso sexual, encuentran una posibilidad de expresar lo que han vivido y también un modo de tramitar el trauma, a la vez que plasman todas las emociones que los invaden y que no pueden exteriorizar por medio de las palabras. El juego es su manera de hablar, siendo los juguetes sus propias palabras. Por medio del dominio de objeto por manipulación y el accionar omnipotente dentro de la escena del jugar, le permitirá al niño o a la niña ir realizando un trabajo de procesamiento. Así, el niño o la niña le darán la forma que necesite desde su mundo interno, para que algo de eso que era inenunciable, indecible, tome alguna forma posible que le permita transformarlo en algo asociable, elaborable y metabolizable.

Todo esto lleva a considerar que a la hora de trabajar con el infante es importante tener en cuenta el juego, la situación analítica y lo inconsciente que emerge del niño o la niña, así como también lo que se va narrando, para poder sacar mayor provecho de esta valiosa técnica. También lleva a plantear lo importante que es comprender la trascendencia que tiene el espacio lúdico en la clínica, permitir que se despliegue el juego del niño o de la niña, para a partir de allí, trabajar psicoanalíticamente con él.

5. CONCLUSIONES FINALES

El presente trabajo sostiene como referencia inicial que el abuso sexual infantil es una problemática que deja graves y diversas consecuencias en los niños y niñas que son o han sido víctimas de abuso, provocando un trauma que deja huellas en la subjetividad de quienes lo padecen.

Así es que se aborda desde el comienzo lo que Bettina Calvi trabaja sobre dicha problemática definiéndolo como un cataclismo que arrasa las legalidades existentes, provocando una devastación de la vida psíquica de los niños y las niñas, ocasionando marcas singulares en la subjetividad producto del trauma.

A raíz de esto es que surge la pregunta que fue guiando la presente investigación bibliográfica: ¿de qué forma se puede abordar clínicamente a dichos niños y niñas abusados sexualmente? Teniendo en cuenta dicha pregunta es que se abordó lo planteado por diversos autores que coinciden en que una de las herramientas más importantes y útiles para trabajar en la clínica con niños y niñas es el juego.

Sigmund Freud en 1920 ya comenzaba a teorizar sobre la importancia de dicha técnica al plantear que en el juego el infante toma un rol activo en una experiencia displacentera de la cual participó desde un rol pasivo, adueñándose de la situación. Por su parte, Melanie Klein también teorizó sobre la relevancia del juego al sostener que el juego es la vía de acceso al inconsciente de los niños y niñas, ya que por medio de él el niño o niña expresa sus fantasías, miedos, deseos, ansiedades.

En este sentido, se intentó indagar la pertinencia que el juego tiene en la clínica con niños y niñas que han sido víctimas de abuso sexual.

Siguiendo a las distintas autoras citadas, dicho acontecimiento traumático genera vacíos de simbolización que se manifiestan en la dificultad de poder expresar en palabras lo acontecido, ya que lo real del trauma excede lo simbólico. Es decir, la actividad simbólica se ve fracturada, y es por esta razón, que se plantea que los analistas deben ofrecerle a los niños y a las niñas recursos simbólicos tales como el juego para que de esta forma puedan acceder a una saber que saben, significando mediante simbolizaciones y así lograr expresarse.

En relación a esto, María Cecilia López va a sostener que el juego más que nunca funcionaría como una especie de hilo conductor con el que se zurcirían aquellos agujeros conceptuales producto del trauma, ya que considera que es la única manera que ellos tienen de expresar aquello que les sucede y poder elaborarlo.

El juego sería un mundo aparte donde cada uno puede poner sus propias reglas, leyes, cumplir sus deseos, y de esta manera, los niños y niñas que han sido abusados puede recuperar su omnipotencia perdida, recuperar su dignidad y correrse del lugar de objeto en el que los ubica el abusador.

A su vez, Rosa Inés Colombo y Carolina Beigbeder de Agosta nos invitan a tomar conciencia de la relevancia que tiene el juego en la clínica psicoanalítica con niños y niñas víctimas de abuso sexual al plantear que mientras en el juego el niño o la niña está sufriendo recuerdos que le provocan miedo o ansiedad, al mismo tiempo está controlando la situación. Es decir, el dominio sobre objetos externos les permite hacer activo lo que sufrieron pasivamente, y así cambiar un final que les fue penoso, a la vez que les permite tolerar papeles y situaciones. Además, las autoras mencionadas también coinciden en la importancia de tomar registro de las verbalizaciones o gestos espontáneos que acompañan su juego ya que estos permiten develar sentimientos o pensamientos que no pueden ponerlos en palabras tampoco en el juego, y que muchas veces están asociados a la situación que están atravesando o han atravesado. En este sentido, el juego aparecería como la medida de autocuración más natural que brinda la infancia.

Por otra parte, y teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, se intentó deslindar el papel que el psicoanalista debe cumplir en el trabajo clínico con niños y

niñas abusadas sexualmente. A propósito de esto, tanto María Cecilia López como Rosa Inés Colombo y Carolina Beigbeder de Agosta hacen hincapié en la necesidad de que el analista tenga un buen control sobre la situación, evitando realizar interpretaciones sobre los juegos que traen los niños y las niñas. Es decir, no dar nada por supuesto, ni realizar señalamientos que puedan influir u obstaculizar lo que el niño o la niña hace o dice. Por lo tanto, antes de que el analista realice alguna interpretación, debe brindar todas las herramientas necesarias para darle lugar al jugar, y así tratar de ver si en medio de un dibujo o juego, que son actividades simbólicas, se observan huellas de aquella situación traumática que no pudo ser metabolizado.

La intervención del analista en la clínica psicoanalítica con niños y niñas que fueron objeto de abuso sexual entonces debe privilegiar la escucha de lo que el niño o niña dice, ya sea verbalmente o por medio de los juegos o dibujos, buscando establecer un espacio de la palabra, y así producir un corte en aquel lugar de objeto en el que el niño o niña se encuentra ubicado por el abusador con el fin de darle paso a la emergencia del sujeto y a la reconstrucción de su subjetividad.

En virtud de todo lo mencionado anteriormente, se comprende así la relevancia que el espacio lúdico tiene en la clínica con niños y niñas, y en particular con niños y niñas que son o han sido víctimas de abuso sexual, ya que por medio de lo que el niño o la niña despliega en su juego se puede trabajar psicoanalíticamente con él, al ser su

modo predilecto de expresión, y por ende, su mejor modo de tramitar el trauma que el abuso sexual deja como huella. El juego emerge como la mejor manera de que aquello indecible, aquello imposible de simbolizar, pueda elaborarse, encontrando así un camino hacia la cura.

6.REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Asturizaga, E. y Unzueta, C. (2008). El estatuto del juego en la clínica psicoanalítica con niños. *Ajayu. Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología de la Universidad Católica Boliviana "San Pablo"*, volúmen 6 (núm. 1), pp. 1-21. Recuperado de:
<https://www.redalyc.org/pdf/4615/461545469001.pdf>
- Calvi, B. (2004). *Efectos psíquicos del abuso sexual en la infancia* [Tesis doctoral, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario]. Repositorio Hipermedial UNR. Recuperado de:
<https://rehip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/10910/Bettina%20Calvi%20-%20Tesis.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Colombo, R.I y Beigbeder de Agosta, C. (2012). *Abuso y maltrato infantil: hora de juego diagnóstica*. Buenos Aires: Cauquén Editora
- Freud, S. (1985). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas Volumen 18*, 2° edición. Páginas 2507-2541. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. Klein, M. (1964). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Ediciones Hormé. López, M.C. (2014). *Los juegos en la detección del abuso sexual infantil*. Buenos Aires: Editorial Maipue
- Rodulfo, R. (s.f). El abuso sexual y su impacto en el psicoanálisis del siglo XXI.

Recuperado de: <https://www.rodulfos.com/el-abuso-sexual-y-su-impacto/> Toporosi, S. (2018). *En carne viva. Abuso sexual infantojuvenil*. Buenos Aires: Topía Editorial.

Volnovich, J. (2018). *Sobrevivientes de lo peor*. Buenos Aires: Lugar Editorial.